pintor á la piedra de la pared para distribuirle á la humanidad entera. La pared puede ya caer por cualquier accidente de la historia; un reflejo perdido del pintor, brillará siempre de frontera en frontera indestructible. Y aquí tambien la Providencia escribirá esta invariable fórmula: que la vida es una tendencia siempre creciente hácia el espacio.

CAPITULO XXIII.

El Mundo de la Edad Media habia concluido. Lutero habia hablado. La imprenta llevó la palabra á todas las naciones. La mitad de la Europa sacudió el catolicismo. Cuando los libros eran aun desconocidos, era necesario un intérprete entre el Evangelio y los creyentes; pero cuando por el génio de Guttenberg el libro entró en el dominio público, el protestantismo separó el mediador para poner el Evangelio en manos de los fieles. La muchedumbre podia comparar con el texto divino el comentario del catolicismo. Esta comparacion le hizo condenar en su alma el comentario. Se dijo á sí misma: Mi conciencia es una interpretacion más fiel que la Iglesia de la doctrina de Jesus. Desde este momento el simple lego, libre de la tutela religio-

sa, se hizo sacerdote de su propia creencia. Así renegaba de la necesidad de un árbitro vivo entre Cristo y el cristiano; es decir, el principio mismo de la teocracia.

Hasta entonces el catolicismo habia plenamente lavado en toda cabeza, con el agua del bautismo, el poder doméstico, el poder moral, el poder intelectual, el poder político, el poder civil. Recibia al niño desde su nacimiento y le marcaba con su imágen; le daba un segundo padre en la iglesia, el padrino; le daba un nombre nuevo, el nombre de un santo, para recordarle sin cesar que la religion era la familia de la familia; le enseñaba desde la infancia á balbucear la oracion; le tomaba de manos de la nodriza para verterle por medio del catecismo la leche espiritual de la doctrina; le llevaba despues á la mesa eucarística para circuncidarle segunda vez al Evangelio.

Y cuando le habia marcado así con el sello de Dios, le iba usurpando poco á poco, á medida que entraba en la vida, cada minuto de su existencia. Le marcaba los dias de trabajo, le señalaba los intervalos de descanso, le decia la hora desde lo alto de la iglesia, se levantaba con él por la mañana, rezaba con él al despertar, se sentaba á la mesa á su lado, dormia con él, le tasaba la comida, le señalaba los ayunos, le sujetaba como con la mano todos los sentidos corpóreos para medir sus palpitaciones, le acompañaba á la entrada y á la salida de la vida, y no abandonaba esta carne humana, que habia tocado el primero, aun caliente del seno de su madre, sino despues de haberle sepultado bajo la piedra de la tumba.

Y como si no fuera bastante llevar así dia por dia los hombres á su salvacion, hacia servir cada destino para edificacion de los demás. Tenia siempre la palabra pública pendiente de la cúspide del campanario, para publicar todos los dramas íntimos de las familias. Cuando los hombres nacian, hablaba; cuando se casaban, hablaba; cuando los muertos entraban en el cementerio, hablaba; cuando los condenados subian al patíbulo, hablaba, para que el choque y el golpe de todos sobre cada uno y de cada uno sobre todos, viniesen á repetir indefinidamente la voz del sacerdote en las conciencias.

Trataba al mundo como un gran claustro donde ponia á cada paso un pensamiento de salvacion en versículos; marcaba con su signo el límite del camino, el letrero de la calle, la puerta del mercader, la plancha del navío, el collar de la mujer, la coraza del soldado, la moneda, la barrera, la tumba, el mármol, el cobre, el oro y la plata; sembraba por todas partes, en la colina, en el valle, un pensamiento ó una reminiscencia; ponia veinte veces al dia un gesto en manos del que pasaba, ante la imágen veinte veces repetida de la Divinidad; y estaba allí, siempre presente, en la casa y fuera, en el hogar, junto al lecho, encima de la ciudad y encima de la última piedra á donde pudiera llevarse la estátua de Cristo.

¿Y esto es todo? No. Confiscaba al hombre interior todos sus pensamientos. Él solamente sabia, predicaba, meditaba, escribia, tenia por medio de los libros las confidencias de los siglos pasados; él solamente podia enseñar y enseñaba sin contradiccion, la gramáti-

ca, la jurisprudencia, la filosofía, la física, la historia; vertia á capricho sombra ó luz en las almas; les enseñaba el lenguaje del entusiasmo por medio de todas las artes reunidas en la catedral; unidas las almas á Dios por medio de los voluptuosos encantos de la música; los deslumbraba con el lujo espléndido de sus florones; los hundia bajo el lirismo inmenso de la arquitectura; penetraba en ellos por todas las puertas de su sér á un tiempo; pensaba en su pensamiento; queria con su voluntad; vibraba en su éxtasis; penetraba en su conciencia, y sujetaba de este modo al hombre entero, exterior é interior, bajo una red de creencias y de prácticas, de mallas tan numerosas y apretadas, que no habia vida humana, por escondida que estuviese, que pudiera escapar á su influencia.

Convencia á cada hombre y formaba en cada pueblo lo que hoy llamamos la opinion; poseia un sistema de propaganda organizado en Europa, tenia lo que hoy se llama el monopolio de las ideas; marcaba con su visto bueno toda palabra escrita; borraba de la página cualquier expresion que pudiera inquietarle, y para remediar la insuficencia de los medios de comunicacion, enviaba sus monjes á mendigar y á llevar gratuitamente la palabra del Papa á todas las naciones.

Y allí donde faltaba esta publicidad ambulante, con la alforja al hombro, tenia para reemplazarla el inmenso clamor de las cuatrocientas mil voces de todas las parroquias. No tenia más que decir una palabra contra un hombre desde el fondo del Vaticano, y el nombre de este hombre corria de sermon en sermon, como la llama del relámpago, sobre los lábios de todos los sacerdotes, para estallar del Mediterráneo al Báltico en una explocion inmensa de maldiciones.

Reinando en todas partes sobre las almas, quiso reinar sobre los intereses; poseia la parte más rica del suelo entónces cultivado; tenia obreros, siervos, deudores, colonos, clientes, mendigos que alimentar, enfermos que cuidar; ponia tasa á la piedad, echaba impuestos; tenia tarifa para los pecados; vendia á dinero contante la inocencia; hacia que la religion sirviera á la industria para hacer luego servir la riqueza á la religion; tenia el gran libro de la vida humana; llevaba el registro de los nacimientos y las defunciones; celebraba los matrimonios; prestaba á los contratos sus fórmulas; absorbia la poblacion en sus parroquias; entraba en las corporaciones; les daba un santo por gerente; reglamentaba las condiciones del crédito; excomulgaba el interés sacado del préstamo del dinero; desataba á los deudores de sus obligaciones; expropiaba la heregía, y afectaba en todas partes una especie de derecho divino que le hacia propietario de todas las propiedades.

El catolicismo era á la vez poder religioso, poder íntimo, poder moral, poder exterior, poder instructivo, poder territorial, poder civil; era más aún, era poder judicial; no porque intervenia en los actos de justicia; porque colgaba un Cristo en el tribnnal; porque publicaba desde el púlpito un monitorio; porque dictaba el juramento; porque visitaba al preso; porque conducia al criminal con un cirio en la mano ante la iglesia; porque le hacia orar de rodillas; porque oia la última palabra del reo, sino porque tambien, sobre to-

do, era juez porque tenia jurisdiccion aparte, códigos aparte desconocidos á la humanidad. Habia inventado crímenes morales, crímenes invisibles que los culpables cometian en el aire de la atmósfera ó en el secreto de su pensamiento; perseguia á la luz de la luna una conspiracion misteriosa de los hombres con los demonios, y en todas partes en donde podia coger á estos conjurados del espacio, los arrojaba á las hogueras.

Miraba la inteligencia humana como una heregía innata, que sola no podria engendrar más que el error, tenia siempre un hierro candente entre las ascuas, para marcar el error, sobre la lengua misma que habia hablado. Era el gobierno de la verdad; toda verdad fuera de su doctrina era una rebelion de las almas, y para castigar á los rebeldes tenia una policía enmascarada que escuchaba en las sombras todos los discursos; una cámara de justicia subterránea, en el fondo de una cueva, que detenia, aprisionaba, daba tormento, y no nombraba fuera la víctima á quien heria, sino al herirla. Pedia prestada, es verdad, la espada de César para matar, y levantándose despues las manos, decia: Yo no le he matado.

Misericordioso con el condenado, le confesaba ántes de entregarle al suplicio, le absolvia, le daba de comulgar; y cuando le habia restituido la inocencia, le mandaba al otro mundo, la hostia aun sobre los lábios, á pedir cuenta á Dios de esa justicia, al revés, que absolvia al hombre con una mano y le inmolaba con la otro mano en el mismo espacio de tiempo, por el mismo crímen.

Poder territorial, poder civil, poder judicial, poder universal, era además el primer político de Europa; daba y quitaba coronas; unia y desunia los súbditos; cerraba y abria dinastías; les daba autoridad con una gota de aceite; tenia la paz ó la guerra en un pliegue de su manto; no tenia más que sacudirle y daba ó quitaba un reino; y Simon de Montfort confiscaba el condado de Tolosa, y el duque de Anjou expulsaba á Manfredo, de Sicilia. No necesitaba levantar ejércitos para entrar en campaña.

Hacia la guerra predicando. Esta palabra de muerte era una cruzada. Y durante el reinado de un solo Papa, tenia tiempo de predicar una cruzada contra los moros en España, otra cruzada en Hungría contra los tártaros, otra en Inglaterra contra los barones, otra en Francia contra la casa de Suabia, otra en Libonia, otra en Curlandia contra los incrédulos, otra, en fin, más regular, más duradera en Palestina contra los infieles; y cuando Inocencio gritaba desde su mula extendiendo sus manos hácia el Norte: *Espada, sal de tu vaina, afílate para exterminar*, el viento llevaba esta amenaza á todos los rincones de la cristiandad, y la espada se afilaba en todas partes para exterminar á los enemigos de la Iglesia.

Y no solamente era el papado la gran dictadura, con dalmática, de las naciones, muchas veces fugitiva, muchas veces prisionera, que reinaba por medio de bulas desde el fondo de su cárcel, y que desde el rincon de su destierro mandaba telegráficamente á la Europa por la admirable línea de claustros escalonados en todas partes, que dividia y reconciliaba los Estados, que